

DOMINGO III DE CUARESMA (B)
Homilía del P. Antoni Pou, monje de Montserrat
11 de marzo de 2012

¿Cómo hablar de la cruz? El tema no ha sido nunca fácil. Ya Pablo hacía notar a los Corintios que la predicación de un Mesías crucificado era un escándalo para los judíos y una necesidad para los griegos, porque los judíos querían milagros y los griegos sabiduría.

El pasaje de la expulsión de los vendedores del templo fue el gesto profético de Jesús que provocó su detención y posterior condena a la cruz por rebelión. Ponerse en contra del sistema económico que sostenía el Templo, era una crítica en contra de todo el sistema religioso que lo avalaba. Ciertamente el gesto de Jesús era demasiado peligroso, porque podía ser interpretado como fuente de inestabilidad política y religiosa entre los judíos, lo que las autoridades del Templo no se podían permitir ante el control atento de los Romanos.

Pero el gesto de la expulsión de los vendedores por parte de Jesús quería ser sobre todo un gesto en contra de la imagen de Dios que este Templo fomentaba. Un Dios que marginaba gran parte de la sociedad: leprosos, cojos y ciegos, endemoniados y tantas personas que se sentían excluidas de la Ley... y que Jesús al contrario acogía con sus milagros y su misericordia. El Dios de Jesús no se le puede comprar con dinero y sacrificios, "No convertáis en un mercado la casa de mi Padre". Para la bondad gratuita de Dios, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos, el culto del Templo ya se le había vuelto pequeño.

El Evangelio de Juan da un paso más, no sólo muestra que Jesús quiere reformar el Templo, sino que Él mismo es el nuevo Templo, destruido en la cruz, pero re-edificado en su resurrección y en la comunidad cristiana. Jesús que había sido condenado por atentar contra el templo, paradójicamente e irónicamente, es confesado como el verdadero templo.

Jesús es el templo limpio de cambistas, con un único sacrificio que es él mismo, dando la vida por sus amigos. Nosotros en Jesús y su estilo de vida encontramos la felicidad que los peregrinos de Israel buscaban en la montaña de Sión. Como el pájaro que busca la estancia en el templo o la golondrina que hace el nido, también nosotros encontramos en Jesús nuestro hogar, nuestro refugio. Como dice el salmo, su palabra es descanso para nuestra alma.

Moisés transmitió la Ley de Dios al pueblo de Israel para conservar la libertad conquistada en el Desierto, liberado de la esclavitud de Egipto. Los mandamientos del decálogo hacían posible la identidad y la convivencia a partir del respeto al otro, y el sábado era un símbolo de la bondad de Dios que procuraba el descanso y la alabanza. Pero Jesús no veía nada de esto en el sistema religioso del Templo, que se había convertido en negocio y patíbulo de profetas. ¡Precisamente el Templo, que debería ser por excelencia el signo de la presencia de Dios y de su amor gratuito!

La Cuaresma es un tiempo de purificación, un tiempo para meditar el misterio de muerte y de resurrección de Jesús. No sólo como una verdad a creer y confesar, sino descubriendo todo lo que supone de exigencia transformadora. El misterio de la cruz y resurrección de Jesús no puede ser desligado de su gesto profético de denuncia contra el Templo, es decir contra toda institución religiosa o política que haya perdido su bondad primigenia de servicio a la comunidad. Necesitamos tanto de la bondad en nuestra vida personal, como de instituciones justas en nuestra sociedad. Sin

instituciones políticas, culturales, religiosas y económicas que estén al servicio de todos, nuestra sociedad quedaría paralizada, y por eso debemos respetar, valorar y animar a las personas a que se impliquen de manera generosa; como también nosotros hemos de colaborar en una u otra en la medida que nos es posible. Pero no podemos olvidar también la tendencia de las instituciones a convertirse en escondite de fraude y de enriquecimiento de unos pocos, o en sistemas que pierden su funcionalidad original y sobreviven a base de auto-celebraciones o de auto-sacralización ideológica... Y Jesús nos diría que las instituciones son para el hombre, no el hombre para las instituciones.

En la cruz de Jesucristo Dios se ha implicado de manera profunda en la realidad, porque es el mismo Dios que purifica su Templo, y nos ha dicho bien claro que ya no quiere más sacrificios, sino sólo amor. En Jesús nuestro interés por la reforma de las instituciones políticas y religiosas deja de ser filantropía para convertirse en un acto de culto, de la mano de su mismo Espíritu.

A nivel personal también tenemos el peligro de convertir nuestras vidas en un mercado, olvidando que la Fuente de la vida se encuentra en el amor gratuito, que no podemos comprar ni vender, sino sólo ofrecer, o acoger con agradecimiento. Esta fuente de la vida es la que brotaba del lado derecho del santuario, en el sueño que tuvo el profeta Ezequiel, y la que brotó del costado de Cristo en la cruz, nuevo templo, río que cura todo lo que toca. Misterio de muerte y de resurrección que celebramos ya ahora en esta eucaristía, pero que esperamos con ilusión poder celebrar con mayor solemnidad y profundidad al final de la Cuaresma, en los días santos del Triduo Pascual.